

La República III
De Anibal a las Guerras Civiles
(202-90 a.C)



1.- Los acontecimientos más importantes.

El período que va desde el final de la guerra contra Aníbal hasta el comienzo de las guerras civiles que acabarían por destruir la República es testigo de la expansión de Roma por el Mediterráneo oriental. Si las guerras púnicas sirvieron para sellar la supremacía romana en las grandes islas, como Córcega, Cerdeña y Sicilia, en Hispania y en el norte de África, ahora Roma pone sus miras en Oriente, donde otro gran rival, el Imperio Macedonio en Grecia, y las monarquías helenísticas en Egipto, Siria, Fenicia y Asia, van a terminar cediendo ante el empuje de los romanos.

No hay que olvidar otros episodios militares menores pero de gran trascendencia, como el sometimiento de los últimos focos de resistencia en los territorios occidentales, en especial la rebelión de Viriato y los numantinos en Hispania, y la guerra de Yugurtha en África. Además, en el 146 a.C. tiene lugar la definitiva destrucción de la gran rival de Roma: Cartago.

Pero mayor trascendencia tuvieron los conflictos que se produjeron dentro de la misma Roma y que fueron el germen para el convulso s. I a.C. y los conflictos civiles. Aunque ya desde el comienzo de la República hubo altercados y enfrentamientos entre el pueblo y las clases pudientes, especialmente representadas por los patricios y el Senado, va a ser a partir del tribunado de Tiberio Graco en el 133 a.C., y luego de su hermano Gayo, cuando surja un conflicto a gran escala.



2.-Las guerras macedónicas (197-146 a.C)



Libres de la amenaza de Aníbal, los romanos dirigieron su atención a los asuntos del Mediterráneo Oriental. Desde la fragmentación del imperio de Alejandro, existían tres grandes entidades políticas griegas: el imperio macedonio, que trataba de controlar completamente Grecia, el Egipto de los Tolomeos y el imperio seléucida en Asia Menor y Oriente Próximo.

La intervención del reino de Macedonia en las guerras púnicas en favor de Aníbal supusieron la excusa perfecta para que Roma llevase a cabo una política beligerante contra esta potencia. El rey de entonces, Filipo V, y su heredero, Perseo, eran poco populares en Grecia debido a la política opresiva del reino de Macedonia. Las coaliciones de ciudades griegas o Ligas (en especial la Liga aquea y la Liga etolia) veían con buenos ojos la intervención romana para liberarlas de la tiranía. El problema era la alianza de los macedonios con el poderoso rey seléucida Antíoco III, a quien enviaron una embajada a fin de asegurar su neutralidad en el conflicto que se avecinaba. Los problemas de Antíoco con Egipto en esa época favoreció el tratado, y se inician las hostilidades.

En el año 197 a.C, el cónsul Flaminió derrota a Filipo V en la batalla de Cinoscéfalos, que puso fin a la hegemonía de Macedonia sobre las ciudades de Grecia.



Roma, no obstante, decidió no administrar directamente estos territorios conquistados, sino que proclamaron la libertad de las ciudades griegas. La proclamación se llevó a cabo en los Juegos Olímpicos del año siguiente, en el 196, donde Roma, pese a no ser griega, recibió el honor de participar con pleno derecho. Aún quedaba hacer frente a las pretensiones dinásticas del rey Antíoco a la herencia de Alejandro. Así pues, desde Macedonia el ejército romano se puso en marcha y, cruzando el Helesponto, derrotó a Antíoco III en Magnesia en el año 190 a.C. Las condiciones de paz fueron muy duras, y Antíoco debió pagar una fuerte suma como tributo de guerra, además de sufrir el desmantelamiento de su flota y de su poder militar. Roma se adueñaba del poderoso imperio seléucida, si bien confió su administración al fiel Atalo, rey de Pérgamo.

A la muerte de Filipo V, su sucesor, Perseo, trató de recuperar el papel hegemónico de Macedonia en Grecia, lo que provocó una nueva guerra contra Roma. En el año 168 a.C. el ejército romano, dirigido por Paulo Emilio, derrotó a Perseo en la decisiva batalla de Pidna, a resultas de lo cual Macedonia fue fragmentada en cuatro reinos menores y desmantelado todo su ejército. El cobre de los escudos macedonios fueron incluso enviados a Roma para que fueran fundidos. Cuando veinte años más tarde volvió a rebelarse contra Roma, Macedonia fue convertida en provincia romana.

Finalmente, los romanos, cansados de los conflictos y disensiones de los griegos, destruyeron en una expedición de castigo la ciudad de Corinto y decidieron anexionar Grecia como provincia en el año 146 a.C.



3.- La III guerra púnica (149-146 a.C)



Se dice que el célebre censor, Marco Porcio Catón, bisabuelo del conocido Catón de Útica, el enemigo de César, cerraba sus intervenciones en el Senado con una muletilla: *Karthago est delenda*. Catón era un romano tradicional, enemigo acérrimo del amor por la cultura griega, encarnada por su gran rival, Escipión el Africano. Incluso llegó a acusar al gran héroe, que dirigió la guerra contra Antíoco III, de haberse dejado comprar por el rey seléucida. Por fortuna, nadie creyó al acusador y Escipión quedó libre.

En el año 183 a.C murió el Africano, el mismo en que su gran rival, Aníbal, se suicidaba en la corte del derrotado Antíoco, a quien había servido como asesor en el conflicto. Sin Escipión en liza, el liderazgo de Catón en el Senado fue indiscutible. Esta obsesión personal pesó mucho en la decisión de Roma de agredir a una potencia que había demostrado plenamente su intención de no recuperar su antigua hegemonía. En efecto, Cartago pagaba su tributo y hasta ayudó con víveres en las campañas de Roma contra Grecia.

La excusa la aportó Masinisa, rey de los númidas aliado de Roma, que enviaba frecuentes embajadas para quejarse ante el Senado en sus conflictos territoriales con Cartago. Roma apoyó siempre a Masinisa, hasta el punto de que la situación de Cartago se hizo insostenible y optaron por probar suerte con la guerra.

Los cartagineses intentaron frenar la invasión enviando una delegación a Roma para pedir la paz. Las condiciones de Roma fueron leoninas: tenían que aceptar el desarme total de Cartago, entregar rehenes y aceptar las instrucciones de los cónsules, ya en marcha hacia África. Los cartagineses aceptaron las condiciones, pero cuando los cónsules exigieron también la destrucción de la ciudad y que los púnicos emigraran en masa, la desesperación hizo que se resistieran, a pesar de que estaban inermes. Toda la población en masa aprovechó una breve tregua para fabricar a toda prisa un arsenal con el que defender la patria.

La resistencia fue tan tenaz, que pasaron dos años sin que pudieran rendir la ciudad. Catón y el rey Masínisa murieron entre tanto sin ver cumplido su mayor deseo: la destrucción de Cartago.

En el 147 cambió la situación con el nombramiento como cónsul del hijo del héroe de Pidna, Publio Cornelio Escipión Emiliano, bajo cuyas órdenes iba también un joven que sería una gran figura pública en Roma: Tiberio Sempronio Graco. Escipión sitió la ciudad y cortó el acceso a los suministros, sumiendo en el hambre y la desesperación a los fenicios. Al fin lograron su objetivo y las represalias fueron terribles, pues la ciudad fue al fin destruida hasta los cimientos y los poco supervivientes vendidos como esclavos. Casi doscientos años antes Alejandro Magno había reducido a cenizas la metrópoli, Tiro. Ahora Escipión borraba definitivamente del mapa todo resto del poder púnico en el Mediterráneo.



4.- Las guerras en Hispania: Viriato y Numancia (147-133 a.C)



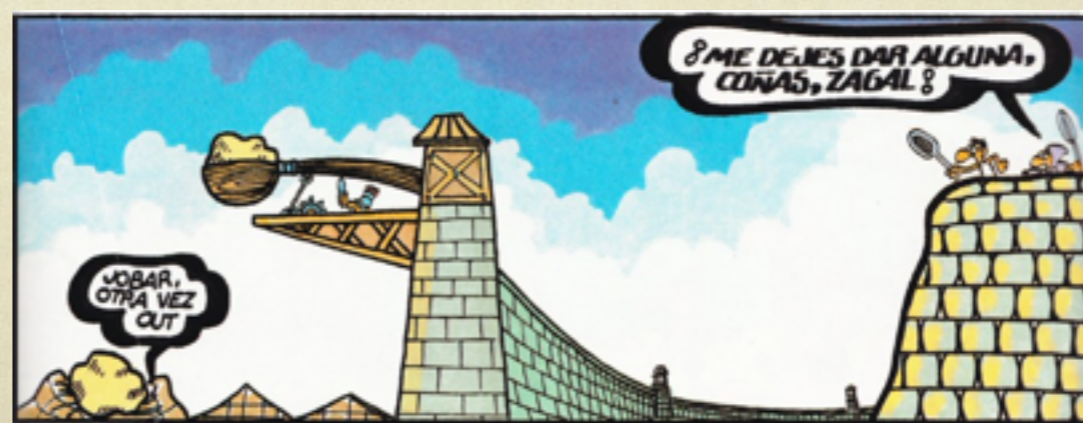
La conquista de Hispania no costó mucho trabajo a Roma. Sin embargo, el esfuerzo por conservarla fue mucho mayor. A los hispanos no les vino mal que Roma expulsase a los cartagineses de la península, como había demostrado el caso de Sagunto. Sin embargo, los impuestos romanos crearon malestar y trajeron como consecuencia la sublevación de numerosos pueblos. A diferencia de Cartago, Roma no se las tenía que ver contra una potencia organizada, sino con numerosas tribus independientes y pueblos muy expertos en la guerra de desgaste y de guerrillas.

Tras las revueltas de Indibil y Mandonio al frente de los ilergetes (antiguos habitantes de Lérida), los conflictos fueron en aumento. Destacaron dos episodios: la revuelta de los lusitanos al mando de Viriato y la resistencia de los numantinos (cerca de Soria).

Uno de los políticos romanos más exitosos fue Marco Porcio Catón, quien desde el año 197 a.C inició una serie de campañas para dominar Hispania. El mejor período coincide con la pretura de Tiberio Sempronio Graco, el padre del famoso tribuno. Durante 23 años (del 178 al 154) Hispania gozó de una relativa paz. A partir de entonces los saqueos y abusos de los romanos pusieron en pie de guerra a los pueblos hispanos, sobre todo a los lusitanos (actual Portugal), que sufrieron atropellos ratificados por el Senado. Así, un gobernador llamado Galba convocó a 9000 lusitanos con la excusa de un reparto de tierras. En realidad era una trampa, pues los rodearon con el ejército y masacraron a la mayor parte.

Uno de los supervivientes fue un pastor, de nombre Viriato, quien con un grupo de valientes guerreros obtuvo importantes victorias contra los romanos, que nunca sabían dónde ni cuándo iban a ser atacados. Estos éxitos le valieron la confianza de los lusitanos, que se unieron a él en masa hasta formar un verdadero ejército. El suficiente para que Roma se sentase a negociar con él las condiciones de paz. Viriato accedió a negociar con Servilio Cepión, pero éste en secreto preparó un atentado que acabó con su vida y con las esperanzas de los lusitanos, que fueron sometidos al poder romano en el año 140 a.C.

Más dura si cabe fue la resistencia de los numantinos, cuya ciudad los romanos atacaron sin éxito en varias ocasiones desde el año 140. Es más, incluso en algunas ocasiones fueron los numantinos los que pusieron en jaque a los romanos, como la vergonzosa derrota del cónsul Mancino, quien vio cómo los numantinos rodeaban su ejército de 20.000 hombres. Gracias a las negociaciones del futuro tribuno Tiberio S. Graco accedieron los hispanos a dejar marchar a los romanos con la condición de que Roma aceptara su independencia. Por desgracia, el senado no aceptó las condiciones y envió de vuelta a Numancia al cónsul para que los sus habitantes dispusieran a capricho de su vida. No obstante, al parecer éstos rehusaron quedarse con él.





Ante la inoperancia de los cónsules y generales, el Senado romano decidió enviar al hombre más capaz, el héroe de Cartago, Escipión Emiliano. Éste empleó la misma técnica que tan bien le fue en África para rendir a los valientes numantinos: asediar la ciudad, aislarla y rendirla por el hambre. Utilizó un ejército de 80.000 hombres para rendir a tan sólo 8000 defensores. Además, para evitar que de noche pudieran salir a escondidas para buscar provisiones, mandó construir alrededor de la ciudad una empalizada. Los numantinos, presa de la desesperación, recurrieron a medidas extremas, incluso la antropofagia, con tal de sobrevivir. Sin embargo, al final tomaron la decisión de un suicidio colectivo antes que entregarse al invasor. Corría el año 133 y Roma, a excepción de los terrenos montañosos cantábricos, tenía bajo su control toda la península Ibérica. La romanización y pacificación de Hispania era casi completa.

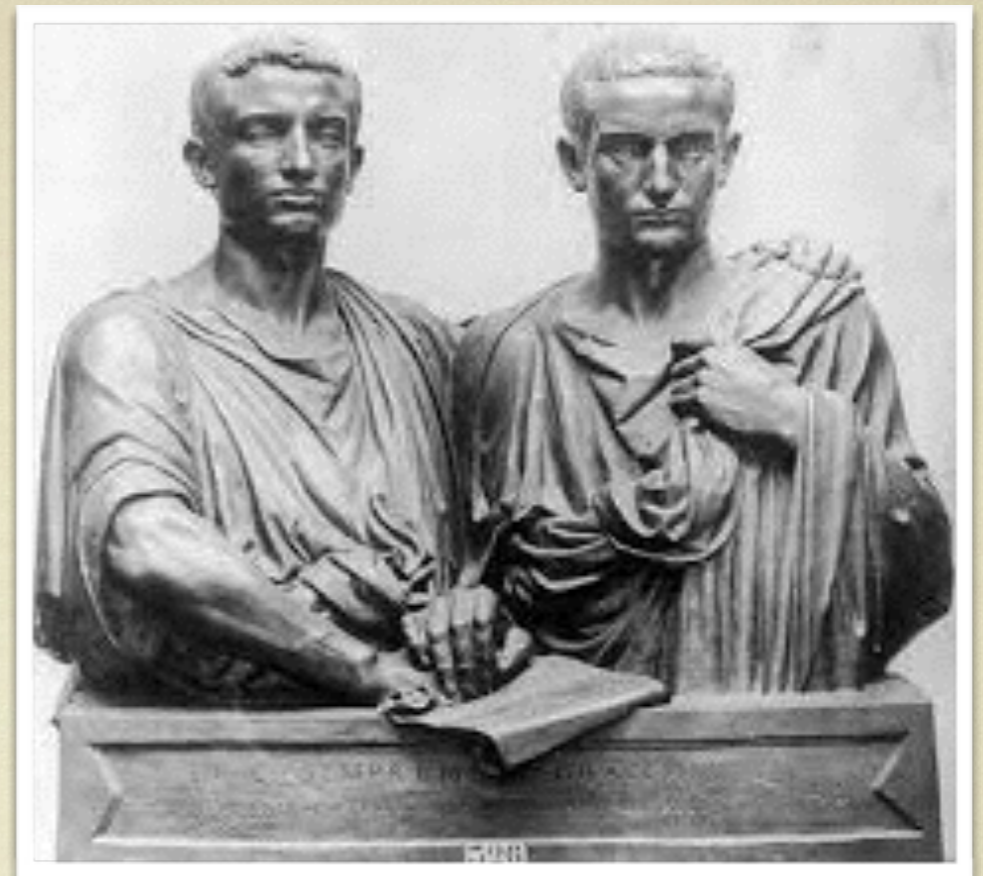


5.- Conflictos sociales en Roma: la ley agraria de los Graco (133-121 a.C)

El mismo año en que Roma ponía fin a la amenaza de Numancia, era asesinado en la ciudad el tribuno Tiberio Sempronio Graco, el hijo de aquel ilustre gobernador de había logrado mantener la paz en Hispania durante casi 25 años.

Pese a su origen noble (su madre era hija nada menos que de Escipión el Africano), Tiberio era muy querido entre la masa popular y los plebeyos, que percibían sus nobles cualidades. A su heroísmo en la toma de Cartago junto con su cuñado, Escipión Emiliano, se sumaba el hecho de haber colaborado decisivamente a salvar la vida de 20.000 legionarios que los numantinos habían acorralado bajo el desastroso mando de Mancino. Roma era ya un imperio que se extendía por casi todo el Mediterráneo, pero en Roma había una gran masa de pobres desamparados que no poseían ni un acre de tierra para cultivar.

La vergüenza sufrida cuando el Senado no quiso ratificar el pacto que Tiberio había suscrito con los numantinos para salvar a los citados legionarios, alejó definitivamente al joven Tiberio de la facción más radical de los patricios en el Senado, facción encabezada por Escipión Nasica. Por el contrario, se casó con la hija del líder de la facción más moderada, Apio Claudio Pulcher, iniciando así una carrera política que le llevaría indefectiblemente a presentarse en el año 134 a.C a las elecciones como tribuno de la plebe.



TIBERIUS FAIT ARRACHER OCTAVIUS DE LA TRIBUNE
An de Rome 609

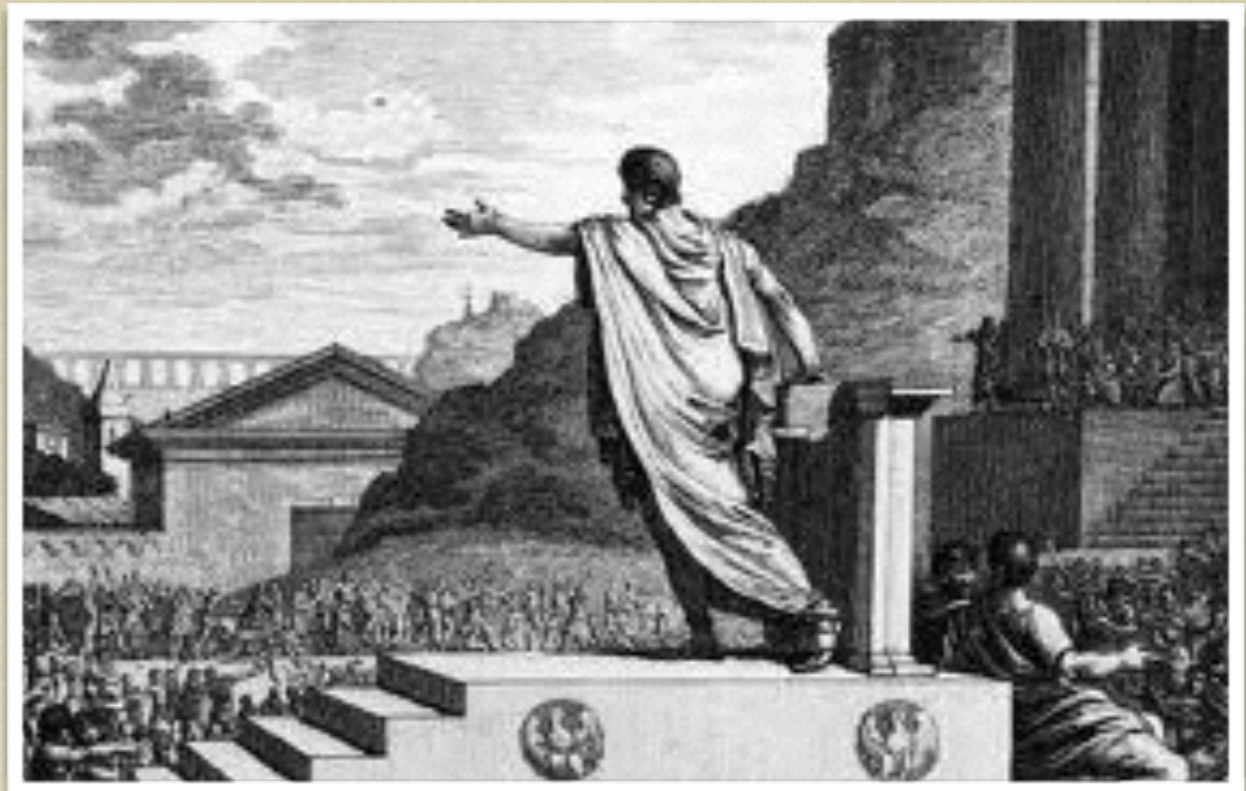


Temíéndose lo peor, el Senado animó a un joven patricio amigo personal de Tiberio, de nombre Octavio, para que se presentase a las mismas elecciones. La idea era que Octavio usara el famoso derecho de veto (*ius intercessionis*) del tribuno, pero para oponerse a las reformas que Tiberio tenía proyectadas y que perjudicarían gravemente los intereses de los terratenientes patricios, que se habían aprovechado de las conquistas para ampliar sus dominios.

Tiberio se planteó como principal objetivo de su tribunado aprobar una ley por la que un ciudadano sólo pudiera poseer un máximo de 500 fanegas (*iugera*) de tierra del Estado (*ager publicus*). En realidad, esta ley ya existía, pero los patricios habían hecho caso omiso de ella. Sin embargo, el proyecto encontró la oposición insalvable del citado Octavio, motivo por el que Tiberio realizó una peligrosa maniobra ilegal: destituir en el concilio de la plebe a Octavio por ser enemigo del pueblo. Además, para evitar perder el derecho de inviolabilidad del tribuno (*sacrosanctitas*) propuso otra medida ilegal: que se le renovara un año más su cargo de tribuno. Los optimares del Senado entendieron estas maniobras como una forma de acceder al poder absoluto, de modo que pusieron en marcha la maquinaria represiva del Senado. Se produjo un ataque contra los partidarios de Tiberio y en la refriega éste fue asesinado y su cuerpo arrojado al Tíber.

Cuando diez años más tarde, en el 123 a.C, Cayo Graco, hermano de Tiberio, resultó elegido también tribuno de la plebe, las alarmas se encendieron en el Senado. La expectativa entre las clases populares fue tan grande que hubo un auténtico éxodo de campesinos a Roma para ser testigos de lo que parecía el inicio de una revolución. Cayo organizó el reparto de trigo a precio bajo y llevó a cabo medidas populares, a lo que reaccionó el Senado aprobando también reformas favorables a los plebeyos, con la intención de reducir la popularidad de Cayo entre las clases bajas. Pero el factor que más jugaba en contra de Cayo era la oposición del proletariado urbano de Roma, que no veía con buenos ojos que éste proyectara extender los beneficios a los campesinos de las ciudades de Italia, a quienes pensaba otorgar el derecho de ciudadanía. Ésta era una reivindicación antigua que culminaría algunos años más tarde con la Guerra Social.

El Senado supo explotar este punto débil de Cayo y en el 121 a.C no fue reelegido para su tercer tribunado. Al perder el derecho de inviolabilidad, la vida de Graco corría peligro, de manera que sus partidarios más fieles acudieron al Aventino y lo ocuparon con las armas. El cónsul Opimio declaró el estado de excepción y puso en marcha al ejército, que desmanteló fácilmente la rebelión. Cayo escapó a un bosque sagrado con un esclavo, a quien pidió que le diera muerte. El esclavo obedeció la orden y luego se suicidó. En torno a 3000 personas perecieron en la represión del Senado.



THE DEATH OF CAIUS GRACCHUS.

6.- La guerra en África: Yugurta (113-106 a.C)



Ya vimos cómo el rey de los númidas, Masinisa, aliado y amigo de Roma, desempeñó un papel importante en el conflicto que terminaría con la destrucción de Cartago. También su hijo, Micipsa, había heredado esta buena disposición hacia los romanos, pero su sucesor, Yugurta, acabó convirtiéndose en una auténtica pesadilla para ellos.

El problema surgió porque Micipsa, padre de Hiérbal y Adémpsal, había adoptado a su sobrino Yugurta, de mayor edad y con grandes cualidades militares, lo que le valió una gran popularidad entre los númidas. Micipsa temía que, a su muerte, Yugurta asesinará a sus hijos, de modo que, no pudiendo asesinarlo abiertamente, mandó a Yugurta a Numancia al frente de las tropas africanas que envió como refuerzo a los romanos. Esperaba que, siendo Yugurta un joven muy atrevido en la guerra, encontraría la muerte luchando contra unos enemigos tan peligrosos como los numantinos. Sin embargo, el joven regresó victorioso y más popular que nunca.

A la muerte de Micipsa, ocurrió lo que el rey temía: estalló el conflicto entre los primos por la sucesión. Adérbal e Hiémpsal recurrieron a Roma para que mediara en la cuestión, pero Yugurta hizo caso omiso de las instrucciones del Senado, asesinó a sus dos primos y se erigió como nuevo rey de Numidia.



Entonces el Senado tuvo una reacción muy digna, pues hizo venir a Roma a Yugurta para que justificara lo que había hecho. En el interrogatorio público, Yugurta, que había sobornado a algunos tribunos para que con su derecho de veto impidieran un interrogatorio hostil, se mostró seguro y hasta desafiante. Tan seguro que en la misma Roma organizó el asesinato de un tío suyo candidato al trono de Numidia que se había refugiado en Roma.

Cuando Yugurta regresó a África, el Senado aprobó enviar una expedición militar de castigo para situar en el trono a alguien más dócil, pero Yugurta era demasiado popular en África y consiguió un ejército lo suficientemente poderoso como para derrotar a la expedición romana. Roma había subestimado la capacidad militar de Yugurta. , por lo que decidió enviar con más fuerzas al cónsul Metelo, hombre muy capaz e intachable. No obstante, pasaban los años y Méteo no conseguía una victoria decisiva contra el númida, por lo que la paciencia en Roma acabó por agotarse y en el 107 fue elegido cónsul un senador de origen plebeyo que era considerado un genio militar y había destacado sobremanera en Numancia: era Cayo Mario, a quienes los más humildes consideraban un sucesor de los Graco.

El jefe de caballería de Mario, el patricio Lucio Cornelio Sila, consiguió que el suegro de Yugurta lo traicionase y convenciera al rey de que acudiera desarmado a negociar con él. Los legionarios romanos le tendieron una emboscada y fue capturado. En el cortejo del triunfo en Roma, Yugurta fue expuesto ante el pueblo y luego encerrado en una prisión donde murió de frío y hambre.

